

LA OTRA

ALAN DEYERMOND

A medida que envejecemos, la vida que nos queda se va poblando de ausencias. Las hay precisas y cercanas, nos acompañan casi a diario, en los menudos gestos; otras se revelan de súbito, imponentes como acantilados de mármol, en los difíciles pasos que antes transitábamos, mansamente, llevados de la mano de los seres queridos que nos faltan.

En estos días, desde que tuvimos noticia del fallecimiento de Alan Deyermond, se han sucedido, abrumadoras, las muestras de pesar y afecto, las evocaciones de este hispanomedievalista insigne, maestro de varias generaciones de estudiosos de la literatura española de la Edad Media. Abundan los mensajes dolientes en *internet*, se suceden los homenajes. El estupor que siempre acompaña la visita de la muerte trata de sobrellevarse, en este caso de una manera singular, compartiendo elogios, recuerdos, anécdotas, entre quienes tuvimos la fortuna de tratarlo.

De estudiantes, la figura de Alan Deyermond venía precedida de un gran prestigio, ganado con sus investigaciones pioneras, materializadas en numerosos libros y artículos, en particular por su volumen en la *Historia de la literatura española* de la editorial Ariel, de lectura obligada. Su aspecto, un tanto desgarrado, era el de un inglés prototípico, flacucho, lívido y pelirrojo, con la nariz pronunciada y los ojos chicos y vivaces, y cuando entraba en el aula, en la sala de conferencias, nos caía simpático a todos, incluso antes de oír su acento inconfundible y su modo de hablar, con repentinas pausas en las que parecía tragar saliva con graves dificultades.

Por la literatura y la cultura españolas sentía pasión, que nos transmitía en esas charlas densas y cálidas, sujetas a un hilo argumental que cautivaba por su emotiva intriga, en las que enhebraba, con medida pedagogía, bromas, interpelaciones, complicidades. Si restaba cualquier distancia, fuera de la connatural a su autoridad y solvencia, se disipaba en el trato: Alan era un hombre afable y generoso, que prodigaba atenciones con todos y en especial con los jóvenes, quizá porque su espíritu jovial y entusiasta se igualaba con ellos, a pesar de los años.

Orientaba y sugería, pero no me pareció nunca impositivo, aunque sí sobremedida escrupuloso: respetaba cualquier enfoque como válido para el avance de la disciplina, aunque vigilaba rigurosamente el uso de las fuentes e instrumentos que lo sustentaban y, en particular, de la bibliografía. Comprensivo y firme, con esa tolerancia de quien tiene muy asentadas sus convicciones, Alan manejaba la ironía como un dardo, y pobre del que, abusando de su flema, confundiera con el desvalimiento su condescendencia.

Era conocida su condición de vegetariano y amante del buen vino (“soy

vegetariano, pero no tonto”, repetía). Había nacido en El Cairo, en 1932, y quizá por eso siempre vi en él, por sus continuos viajes y su adaptabilidad a los distintos sitios, una especie de diplomático terruñero, que parecía estar en su salsa lo mismo en Londres, en su querido Westfield College, que en cualquiera de los lugares en los que se celebraba a Rodrigo Díaz, de adulto o de mozo, a Juan Ruiz o Celestina.

Tendemos a considerar la vida académica y universitaria como un espacio frío y desabrido, donde los intereses determinan los afectos. El calor con que perpetuamos la presencia de Alan, la amistad compartida, nos recoloca en los libros, en las aulas, como ámbitos de la celebración humana.

Manuel Ambrosio Sánchez Sánchez

Profesor de la Universidad de Salamanca